

La susceptibilidad como poder

En el “Encuentro Nacional de Teatro de Transformación Social”, realizado los días 7, 8 y 9 de abril en Madrid, constatamos, una vez más, cómo espacios concebidos como herramientas de transformación social son desactivados desde la *susceptibilidad*. Entendiendo ésta como un dispositivo que se centra en las emociones individuales y no se pregunta ni el *cómo* ni el *porqué* de esos sentimientos en relación a las desigualdades sociales ni al sistema socio-político-económico donde se enraizan.

Por Montse y Jordi Forcadas - Barcelona, 9 de mayo 2017

En numerosas ocasiones presenciamos dinámicas de trabajo con personas y/o grupos que priorizan la expresión de las emociones de los participantes y generar un “buen ambiente”, al análisis de las problemáticas de la sociedad y posibilidades de transformación social. En el “Encuentro Nacional de Teatro de Transformación Social” realizado el 7, 8 y 9 de abril en Madrid, advertimos esa manera de concebir el trabajo colectivo y decidimos reflexionar sobre cómo el teatro puede ser emancipador o analgésico.

El Teatro del Oprimido procura desentrañar las relaciones de poder y, en ese sentido, puede generar malestar en los participantes inmersos en el proceso de reflexionar sobre una problemática social que los atañe y persiguen representar teatralmente. Justamente desde este malestar pueden plantearse cuestionamientos al orden social imperante y a nuestro posicionamiento dentro de él. Por ello, si se priorizan los sentimientos de cada uno de los participantes por encima de la búsqueda de un objetivo común y colectivo, los procesos se detienen y no tiran adelante. Aunque es importante unificar diferentes

sensibilidades, la presencia de personas que explican a cada paso cómo se sienten, siempre desde su ego como un ente aislado, obstaculizan el trabajo colectivo.

En el contexto de las sociedades con libertad de expresión de las democracias occidentales suele considerarse que los mecanismos de control social no son numerosos. Sin embargo, aunque más o menos sutiles, son cuantiosos. Por ejemplo, la gente es consciente de los niveles de control, aunque sea de una manera tan tranquila (y placentera para muchos) como la televisión u otros medios de comunicación. También hay métodos de control más detectables y criticados socialmente como la educación -que genera un gran debate- y otros, menos detectables y/o criticados como la religión - que si no es la musulmana, no genera debate, si se le puede llamar *debate* a la ya cansina discusión si son o no terroristas. No obstante, hay muchos más y algunos se imponen a partir de los valores. En este sentido, en plena época de crisis, se han ido instaurando o afianzando nuevos valores que rayan en una nueva religiosidad, los cuales se basan en confirmar la individualidad mediante la diferencia como el mayor valor de todo ser humano (al menos en Europa, ya que en países como Bolivia se maneja aún el sentido comunitario).

Desde hace mucho, sabemos que hay ciertos cánones y normas de comportamientos, que pueden confirmar nuestro valor diferencial e individual, como por ejemplo, la moda. Así pues, un/a joven de 15 años se puede sentir “única” usando una marca determinada de ropa, aunque sean millones de jóvenes de su edad que la usen. Resulta paradójico entonces, que lo que lleva a una persona a su construcción como ser “diferente” responda a un canon social que lo marca como tal, porque hay un número de personas suficientes (a veces millones) que respaldan esa etiqueta. Si no hay suficiente consenso social para reconocerte como “diferente” eres marginado. Naturalmente, la marginalidad también está relacionada por otros aspectos como la productividad del individuo dentro de la sociedad.

Como no todo el mundo tiene acceso a productos que declaran socialmente y de manera silenciosa esta diferencia (necesaria para la construcción de ser individual), se ha creado una mercancía fácil de usar y asequible a todos los niveles sociales e intelectuales: una

nueva espiritualidad. Con tanta oferta como personas hay, existe un enorme abanico y una variedad de formas inabarcable para consumirla. Pero en el fondo hay dos características: **la confirmación del individuo** (porque es para sí y con sí mismo que se trabaja: “búscate a ti mismo”, “sé tú mismo”) y **el bienestar personal** (y no social; son la suma de bienintencionadas individualidades que cambiará el mundo).

Los resultados por abrigar ciertas creencias (casi religiosas) son también muy característicos y son conocidos por todos. Según Masters¹ las personas que han abrazado estas ideas suelen ser muy intolerantes, endogámicas, sufren anhedonia emocional, ruptura con otros ámbitos, tienen una única interpretación de la realidad, promesa de un paraíso en la tierra (energía positiva, desarrollo personal, mejora de las relaciones, sanación, etc.)², además de un extremo positivismo y un rechazo enfermizo al conflicto y al enfado. En este sistema de valores y prácticas -tan homogeneizante-, son los sentimientos personales su mejor argumento, ya que con ellos se encuentra en un terreno movedizo en donde todos tienen razón y nadie la tiene. Sin embargo, confirman su lugar como individuo en la sociedad.

En paralelo, la racionalidad está asociada a la gente con el poder, que “no tiene sentimientos”, desvalorizando así cualquier argumentación.

Cuando se pregona a diestra y siniestra el “sé tú mismo” lo que se trabaja es un hipervaloración de los sentimientos que refuerza la individualidad que, a su vez, es el valor más fuerte del capitalismo.

El arte en general y el teatro en particular exploran los sentimientos (también de la imaginación, la creación y los sentidos). Sensibles somos todos y compete a todos los niveles sociales, ya que es sensible aquel que es receptivo a determinados asuntos o problemas y proclive a ponerles solución. En cambio, susceptible es una persona propensa a emocionarse o dejarse llevar por los sentimientos que se declara sin ambages que son *muy sensibles* (hacen de ello su bandera) y por ello, no soportan ningún

1 Robert Augustus Masters, “Spiritual Bypassing: When Spirituality Disconnects Us from What Really Matters”.

2 No es gratuito que muchas de estas manifestaciones son características de un grupo de manipulación psicológica o secta, que su mayor problema son la dependencia y obediencia al grupo. Recordemos que todas son también características del fascismo, comenzando por unir las creencias a la acción política.

conflicto, una pelea, un grito y un gesto incorrecto. Las personas susceptibles viven con la constante ansiedad de modificar la realidad, luchando día a día para mantener la calma de los otros y *la buena energía*. Cualquier comentario, palabra o crítica puede ser interpretada como un ataque, no a sus argumentos o racionalidad, sino a su espiritualidad.

Un ejemplo paradigmático es el “Encuentro Nacional de Teatro de Transformación Social” donde, durante tres días, los asistentes se dedicaron a hablar de sí mismos, de dolor, de sufrimiento, de amor y buena energía. Se puede resumir en un encuentro de egocentrismos de 100 personas, de clase media, sin mayores problemas que el tono de voz de ciertos compañeros, que lloran cuando se les lleva la contraria o les llega una crítica y que sólo tenían necesidad de ser escuchados. Se lanzaron frases e ideas, sin ningún respaldo ideológico o un mínimo análisis, porque no hubo debate. Y sin posibilidad de debate, no hubo consensos, lo cual evitó la exposición de la pluralidad de ideas. Sólo “lo sentían así” y mediante la confirmación de su individualidad exigían el “respeto” hacia sí mismos, sus prácticas metodológicas y sus “ideas”, excluyendo así cualquier posibilidad de una confrontación que no les interesara o se alejara de los objetivos individuales.

En el Encuentro se oyeron cosas tan pueriles como: “Los burócratas son malos”, “Hay que reemplazar al opresor” (un gran hurra por parte de la asistencia), “A mí me mueve el amor y no los objetivos de una lucha”, “No he leído a Augusto Boal, pero el Teatro del Oprimido (TO) es horrible”, “Me revuelvo en la silla cuando escucho TO porque yo soy terapeuta corporal”, “Yo soy transexual y no soy oprimida” (alienada quizá), “A mí no me gusta la política”, etc. Pocos aportaron una mínima sustentación ideológica a estas frases ya que eso sería intolerable en el marco del país de sus sentimientos. Es curioso imaginar el trabajo que realizan, ¿cómo abordan un tema con ciertos colectivos? Ante una opresora como Ana Botín, le dirán: respira profundamente, mira tus chakras... y claro, automáticamente el Banco de Santander dejará de invertir en armamento. En este sentido, se puede concluir que sus luchas se quedan en mejorar la convivencia con su vecino a falta e incapacidad de hacer un análisis estructural.

El “Encuentro de Teatro de Transformación Social” deja un triste balance sobre la situación del teatro (mal llamado social) en España y sus posibilidades transformadoras. Tendría que llamarse teatro de contención emocional. Es difícil pensar que tanta condescendencia con la mediocridad pueda dar pie a trabajos serios de emancipación social. Es increíble el nivel de represión que puede tener una sonrisa, un tono suave y la obsesa positividad. Es increíble el nivel de superioridad moral que esto otorga y la falsa idea de que los que no comparten esta espiritualidad, están en su contra. Parece ser que su trabajo con la comunidad es una especie de tarea evangelizadora. Es decir, que se trata de llevar *energía positiva* a los colectivos para crear entornos más agradables, aunque se mantengan las relaciones injustas. La satisfacción también se obtiene cuando se vuelven juez y parte del comportamiento del resto del grupo, convirtiéndose en los más intolerantes, adoptando actitudes despóticas.

En todo el encuentro no hubo ningún debate de la realidad que afecta a miles de españoles, ni se mostró ningún tipo de empatía por movimientos como la PAH o contra los CIEs (por mencionar dos), se dedicaron a proclamar su sensibilidad sobre la de otros, y como única prueba, su palabra. Si dices lo contrario me enfado y lloro. Dinámicas de chantaje emocional que sirven para convencer a mamá, pero que aportan poco a generar acciones de apoyo a plataformas de cambio social.

La *susceptibilidad* es la herramienta más poderosa que ha implementado el sistema actual de control de las masas siendo de gran ayuda a la pervivencia del capitalismo, ya que enfatiza las formas por encima del fondo. La emancipación se disipa en la superficie, se olvida el análisis del *qué*, se enfatiza el rechazo del *quién* y el olvido del *porqué*.

Se ha de analizar por qué la gente se está decantando tanto hacia lo emocional. Lo emocional es el antídoto ante el fracaso que nace de la impotencia colectiva para cambiar las cosas, ya que esta época nos genera impotencia, resignación y miedo³. Como dice Jaume Mascaró⁴ creemos que la emoción nos hace únicos como personas, sin

³ *Retomamos la idea de Ada Colau hablando de los movimientos sociales en uno de sus discursos. No me preguntes cuál.*

⁴ *Jaume Mascaró. Història de la filosofia, estètica i filosofia de la cultura. Dio clases en Forn de teatre Pa'tothom en el 2011.*

percatarnos que también es una construcción social. ¿Qué pasa? ¿Es una actitud ante lo que vemos, que no lo queremos ver, y por lo tanto no lo vemos? como dice Žižek⁵. Una forma de no verlo -y para no sentirnos tan tontos-, es albergar ideas reduccionistas que limitan el problema a la comunicación entre personas, o pensar que si se está bien consigo mismo se acaba la opresión. Según esta perspectiva, el problema es el yo ante la sociedad, y ante la imposibilidad de entrar en el conflicto, se construyen una burbuja. Incluso siguiendo con esta línea, si aceptáramos que esta emoción lleva a un empoderamiento personal, una vez conseguido, ¿qué hacemos después?

Esta espiritualidad cae en la moralizante idea de todas las religiones: dividir el mundo en *buenos* y *malos*. Según esto, la gente con poder son los que piensan, en cambio, los buenos “sentimos”. Triste condenar las posibilidades intelectuales del ser humano a pensar el método y no el fin (igual dicotomía entre rito/mito). Oscuro pensar que los intelectuales son insensibles y que la prioridad es sentir. Nefasta la negación de la diversidad de ideas que impiden pensar en una estrategia común. Es de extrema importancia no negar el conflicto y no tratar de evitarlo, porque, no por ello, éste desaparecerá. Hemos de reivindicar el compromiso de incidir en el debate crítico de la sociedad, desde el teatro, para posibilitar su transformación; no en apaciguar las conciencias.

Agradecimientos a Carol Porta.

5 Slavoj Žižek es un filósofo esloveno. Recomendamos.